

trasformada en mezquita; igual suerte cupo á los famosos lauros (1) ó ermitas monacales de los 40 mártires, y á todas las iglesias que no recibieron otro destino, como caballerizas, baños, etc. El castillo de Trapedchiza fué arrasado, y los palacios construidos en el monte fueron saqueados y devastados. El comandante turco que quedó encargado de la defensa de la plaza, para evitar toda manifestacion peligrosa del genio indómito del pueblo búlgaro que debía en adelante llevar el yugo turco, juzgó conveniente aterrorizarlo haciendo acuchillar á gran número de los hombres mas notables. La montaña del castillo real fué ocupada por tropas turcas para tener desde allí la poblacion sujeta, y al propio tiempo se empezó en la falda del Noroeste la construccion de una mezquita. Por orden del sultan el patriarca arzobispo Entimio fué desterrado á un distrito servio en Macedonia, y las familias mas opulentas y principales hubieron de trasladarse al Asia Menor. No se sabe nada de cierto sobre la suerte del czar Chichman III. Segun la tradicion búlgara murió luchando valerosamente con los turcos; pero segun estos se rindió en Nicópolis, desde donde fué conducido á Filipópolis; pero se ignora si murió de muerte natural en el cautiverio ó si Bayaceto le hizo decapitar. Su hijo Alejandro se hizo mahometano y sirvió al sultan; del menor, Fruchin, se sabe que luchó posteriormente en las filas húngaras contra los turcos.

El imperio bizantino, aunque muy menguado, sobrevivió, pues, al reino búlgaro que habia sido para él durante tan largos siglos una amenaza constante; pero este terrible suceso ya solo aprovechó en adelante á la Iglesia griega, porque desde entonces quedó abolido el patriarcado búlgaro; la Iglesia volvió á ponerse bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla, y á consecuencia del régimen turco la gran masa del pueblo perdió su índole belicosa y su afición á las sectas, se trasformó poco á poco en poblacion agrícola é industrial, laboriosa y pacífica é ingresó finalmente por completo en el gremio de la Iglesia ortodoxa griega.

La incorporacion de la Bulgaria al imperio turco, políticamente considerada, aterrorizó á las cortes de Constantinopla y de Buda, residencia de los reyes de Hungría, pero al propio tiempo despertó en ellas una ira indecible, mientras que la victoria que en otoño del año siguiente (1394) alcanzó sobre las huestes turcas el vaivoda válico Mircha probó que no era invencible el enemigo comun que habia querido tambien extender por aquel lado sus conquistas. Mircha debió de apropiarse á la muerte de Ivanco, es decir, antes del año 1390, los Estados de este con Silistria y la Dobrucha, y estos fueron los que defendió valientemente contra los turcos.

Fué poco consuelo esta victoria para el emperador, á quien no quedaba mas recurso para sostener la esperanza de ver todavía mejores tiempos, que excitar contra los conquistadores mahometanos á poderosos monarcas extranjeros. La política brutal del sultan paralizaba todos los movimientos de los bizantinos y en especial del emperador, porque Bayaceto para tener á la capital continuamente amenazada, angustiada y temerosa de verse á cada instante atacada por el enemigo, tenia bloqueados á Constantinopla y á su territorio hasta donde le era posible con su acostumbrado desprecio de todo derecho internacional; sistema que los jefes turcos habian empleado desde el primer día con completo éxito contra las grandes plazas bizantinas en el Asia.

De los servios ningun auxilio eficaz podia esperar ya el emperador Manuel, aunque se habia casado en 1393 con

(1) *Laura* se llamaban antiguamente en la iglesia griega las aldeas monacales, formadas por ermitas ó celdas sueltas habitadas cada una por un cenobita y agrupadas al rededor de una iglesia.

(N. del T.)

Elena, hija del príncipe servio Constantino de Cöstendil. Por esto desde 1394 estaba suplicando á las principales potencias del Occidente que acudieran á su auxilio y le sacaran de la situacion angustiosa é inaguantable en que se hallaba. El aliado mas natural del emperador debia ser el rey Segismundo de Hungría que desde 1394 habia roto todas sus relaciones con el sultan con motivo de la incorporacion de la Bulgaria; y en efecto Segismundo llegó á ser caudillo de fuerzas colosales que no tardaron en reunirse en el Occidente para combatir y hacer retroceder el torrente turco.

No obstante la division que reinaba y la multitud de intereses particularistas que pugnaban entre sí en los países germánicos y latinos, division de que eran ejemplos manifiestos el cisma que desde 1378 se habia declarado en la Iglesia romana, y el estado de la Francia en el reinado de Carlos VI, estaba todo el mundo de acuerdo respecto del gran peligro que el ya formidable poder turco ofrecia para todos los países de Europa. De esta conviccion solo habia un paso á la idea de reducir este poder por medio de las armas á la manera de las cruzadas; idea que habia ganado mucho terreno entre la nobleza de los principales países, cuando el rey Segismundo buscó aliados para una guerra de proporciones vastas contra el sultan Bayaceto, ya que los recursos de su propio país, reñido con la Polonia y desorganizado por partidos y luchas feroces interiores, no bastaban ni con mucho para tan grande empresa. Mientras impulsaba activamente y con buen éxito estas negociaciones en el Mediodía y Occidente de Europa, hizo estrecha alianza con el príncipe Mircha de Valaquia en el año 1395 y pasando con un ejército por este último país atacó y tomó á Nicópolis la Menor á orillas del Danubio, probablemente arrabal de la ciudad de Nicópolis llamada la Mayor, situada en la orilla válica. El papa Bonifacio IX que era el que habia sido reconocido como tal pontífice por el rey Segismundo, y que gobernó la Iglesia desde 1389 hasta 1404, habia hecho predicar á sus instancias desde el verano de 1394 la santa cruzada en las comarcas eslavas al Oeste de la Servia, en los territorios de Venecia, en Austria, Salzburgo, Tirol y Baviera. Por su parte el rey húngaro habia escrito cartas á gran número de potentados alemanes, y á Filiberto de Naillac, gran maestre de la orden de San Juan, y á principios del año 1395 habia enviado al rey de Francia una embajada presidida por Canicha, arzobispo de Gran, suplicando el auxilio de todos. En la corte francesa apoyaron la solicitud con toda su influencia el belicoso mariscal Boucicaut y el condestable conde de Eu, los cuales antes de la gran batalla de Cosovopolle, que decidió de la suerte de la Servia, habian estado en la península balcánica y en Asia donde habian conocido á turcos y cristianos, así como la hospitalidad del rey de Hungría al cual habian quedado sumamente agradecidos. Como por otra parte á la sazón estaban en paz Francia é Inglaterra y el duque Felipe de Borgoña, que era el oráculo de la corte, prohibaba la causa de Segismundo, se contestó á este en el sentido que deseaba, y en seguida se empezaron los preparativos y armamentos en grande escala; de suerte que á principios de abril estaban reunidos en Dijon 10,000 hombres, entre ellos 6,000 combatientes, á saber, 1,000 caballeros, 1,000 escuderos y 4,000 soldados, figurando entre los primeros notabilidades como Boucicaut, el conde de Eu y Enguerrando de Coucy. Estas fuerzas capitaneadas por el conde Juan de Nevers, hijo del duque de Borgoña, se dirigieron á Regensburgo; mientras los buques de guerra franceses en bastante número se unian á las galeras que habia armado la república de Venecia hasta componer una escuadra de 44 velas que mandada por Tomás Mocenigo se dirigió al Bósforo. En Regensburgo se unieron al ejército francés la mayor par-



El emperador Manuel Paleólogo, la emperatriz Elena y sus hijos. (Miniatura bizantina del siglo xv)

te de los guerreros, en su mayoría de la Alemania meridional, que deseaban tomar parte en la campaña. A mediados de junio de 1396 llegó toda la hueste á Buda donde se juntó con el contingente de los caballeros de San Juan, 1,000 ingleses y muchos caballeros de Bohemia y Polonia y con el ejército húngaro puesto ya en pié de guerra. Segismundo al ver los bríos y el brillante armamento de los caballeros extranjeros se llenó de gozo y concibió las esperanzas mas lisonjeras, que habrían sido muy justas, si no hubiese existido la fatal costumbre de amenizar la vida ruda de campamento y de guerra con fiestas, banquetes y orgías prematuras y en extremo perjudiciales al buen orden y á la disciplina.

Bajo la direccion superior de Segismundo se puso el gran ejército en marcha; pasó el famoso desfiladero de Transilvania llamado las Puertas de Hierro; y despues de habérsele agregado en la Valaquia las fuerzas de Mircha, pasó toda la hueste numerosa el Danubio mas arriba de Vidin en territorio servio. Allí alcanzó sus primeras victorias. El príncipe Strasiro de Vidin capituló al instante y entregó la guarnicion turca en manos del rey de Hungría. No sucedió lo mismo con la fortaleza de Rahova, que fué tomada por asalto por los franceses á las órdenes de Boucicaut despues de un prolongado sitio. El 12 de setiembre se presentó el ejército cristiano delante de Nicópolis la Mayor, hoy simplemente Nicópolis, en la orilla derecha del Danubio, un poco mas abajo del punto donde desemboca el Aluta. La guarnicion turca era numerosa y tenia por jefe al valiente Toghan-beg. Los cristianos pusieron cerco á la plaza, y ya estaba muy apurada, cuando el rey de Hungría el 27 de setiembre por sus columnas volantes tuvo noticia cierta de que el sultan Bayaceto al saber el avance del ejército franco-húngaro, habia levantado el bloqueo de Constantinopla, se habia dirigido á marchas forzadas por Adrianópolis á los Balcanes, y habiéndolos pasado probablemente por el desfiladero de Chipka, habia llegado á Tirnova y se acercaba á grandes marchas con todas sus fuerzas disponibles.

Cuando las cosas tomaron este aspecto grave se manifestaron en los caballeros occidentales vicios mucho mas funestos que la afición á los placeres groseros y la incontinenia bárbara. Los nobles franceses, además de haber pasado á cuchillo bárbaramente á los prisioneros que habian hecho delante de Rahova, mostraron mas que todos su insolencia y fanfarronería guerrera refractarias á toda disciplina y direccion superior, ya antes de la batalla decisiva. Despues, al llegar el momento del combate, dominados de su orgullo y vanidad, embistieron en masa sin la cooperacion de la gente de á pié á las fuerzas turcas admirablemente organizadas. Todos los esfuerzos del rey Segismundo que conocia la táctica y manera de combatir del enemigo, para inducir á los nobles franceses á someterse á una direccion inteligente en la batalla, fueron inútiles. Su proposicion acertada de confiar á los válacos y tropas ligeras húngaras los primeros ataques contra las tropas ligeras turcas, y de reservar el núcleo del ejército cristiano de unos 90,000 combatientes, de los cuales 60,000 iban montados, para pelear con los genízaros y spahis (1), fué apoyada por algunos hombres de experiencia como Coucy y el almirante Juan de Vienne; pero fué rechazada con ira y befa por los demás nobles franceses, que en su altanera petulancia de muy buena gana habrían emprendido la batalla ellos solos sin ningun auxilio extranjero.

Pronto se vió quién valia mas, entre la nobleza díscola y de costumbres relajadas hasta en campaña, ó los turcos fru-

(1) Los contingentes que daban los feudatarios del sultan para sus campañas. De *sipahi* se hizo en Africa *spahi* y en la India *cipayo*.  
(N. del T.)

gales, bien disciplinados, robustos y tan valientes como los franceses. El sultan llegó y acampó en la tarde del dia 27 de setiembre de 1396 á cosa de 7 kilómetros al Sur de Nicópolis; y al medio dia del 28 mostróse dispuesto para el combate. Formó su ejército en un orden de batalla diferente del usado generalmente por los turcos. Detrás de una eminencia, quizás la que forma la division hidrográfica entre el Danubio y el rio Osem, al Sudeste de Nicópolis, cerca de Buble poco mas ó menos, situó la gran masa de su caballería que subia á 40,000 hombres, de modo que en su mayor parte quedaba oculta al enemigo. Los cristianos, en efecto, al principio solo pudieron distinguir unos 8,000 hombres de caballería irregular que á su vez ocultaban á la vista unos 20 á 30,000 genízaros ocupados por el momento en clavar oblicuamente en el suelo estacas puntiagudas dirigidas con la punta hácia el enemigo. Detrás de esta infantería que se afanaba por completar su defensa, estaban colocados á prudente distancia 30,000 spahis, y detrás de estos la mencionada reserva oculta mandada por el sultan.

Los cristianos en cambio ni siquiera llegaron á formar línea de batalla ordenada, porque los franceses se salieron con su empeño de dar ellos el primer ataque, y apenas vieron á los turcos formarse, cuando avanzaron hácia ellos. En su centro iba el almirante Juan de Vienne con el pendon de la Virgen, y con ellos iban tambien probablemente los caballeros ingleses y los italianos que se habian agregado al ejército. Cuando ya habian adelantado gran trecho se agruparon detrás de ellos los húngaros mandados por Estéban Lazkovitz á la derecha, á la izquierda los alemanes y por último los válacos.

A cosa de las tres de la tarde llegaron los franceses á las manos con la caballería ligera turca. Esta se dispersó ante la formidable embestida de los caballeros cubiertos de hierro, los cuales al acercarse á la línea de los genízaros recibieron una granizada de flechas; pero los valerosos franceses y borgoñones siguiendo la costumbre de su país en aquel tiempo, se apearon en su mayor parte de sus caballos, y despues de derribar la empalizada inclinada, se arrojaron impetuosos sobre los genízaros que despues de una lucha sangrientísima emprendieron la fuga. Los franceses entonces avanzando siempre arrollaron tambien á los spahis, probablemente desordenados ya por la huida de los genízaros, y dejaron bastante mal parada á esta caballería. Hasta entonces habia marchado todo á gusto de los franceses, tanto que el sultan Bayaceto dió la batalla por perdida, é iba á disponer su retirada, cuando la impetuosidad excesiva de los franceses, despreciando todo orden y disciplina, fué causa de que la brillante victoria se trocara en espantosa derrota, por haber perdido todo contacto con el resto del ejército.

En el ardor del combate y ebrios de su victoria los franceses habian despreciado los repetidos consejos de sus jefes de volver á montar en sus caballos á fin de perseguir al enemigo con mas eficacia, y habian llegado á pié y en desorden á lo alto de la loma donde vieron estupefactos la caballería de Bayaceto intacta. Entonces el terror que se apoderó de ellos fué tal, que por el momento quedaron sin saber qué hacer. El sultan conociendo su indecision y aturdimiento súbito, tomó rápidamente la resolucion de lanzar sobre ellos su caballería numerosa, la cual acuchilló á la mayor parte é hizo prisionero el resto á pesar de la resistencia desesperada que opusieron. Entre los prisioneros se hallaron los condes de Eu y de Nevers y el mariscal Boucicaut. Entre tanto se habia puesto el sol, y la luna alumbró con su pálida luz el melancólico campo de batalla.

Cuando se supo en el resto del ejército cristiano el último giro fatal que habia tomado la batalla, era tarde, atendida la